

Imprimir

*Comparte características con el fascismo, pero su pariente ideológico más cercano en este momento es el orbanismo.*

Cuando el fascismo llegó al poder, la mayoría de la gente no estaba preparada, ni teórica ni prácticamente. Eran incapaces de creer que el hombre pudiera mostrar tales propensiones al mal, tales ansias de poder, tal desprecio por los derechos de los débiles o tal anhelo de sumisión. Sólo unos pocos habían sido conscientes del estruendo del volcán que precedió al estallido. – Erich Fromm, Fuga de la libertad

La interminable campaña de las elecciones presidenciales estadounidenses ha generado un discurso tan previsible como (tristemente) importante: ¿Es Trump la segunda venida de Adolf Hitler? Un artículo de opinión tras otro se han pronunciado sobre si el trumpismo es fascista. Todo ello tras largos debates académicos y periodísticos en tomos como *Did It Happen Here?: Perspectives on Fascism and America* y *The Wannabe Fascists: A Guide to Understanding the Greatest Threat to Democracy*- que reflexionan sobre si es mejor llamar a Trump fascista, populista autoritario o cualquier otro neologismo. Nuevas series de Netflix como *Hitler and the nazis: Evil on Trial* echan más leña al fuego de la afirmación de que EE.UU. 2024 es Weimar 1933, con comentaristas que repiten cómo Hitler quería «Hacer a Alemania grande de nuevo» y advierten de que la historia puede repetirse.

Para no quedarse atrás, Trump y sus partidarios han contraatacado describiendo a Joe Biden como el director de una administración de la «Gestapo» y afirmando que los liberales quieren establecer un «Estado total» de pesadilla en el que presumiblemente todo el mundo se vea obligado a ver RuPaul mientras sólo se le sirve Bud Light. Más recientemente, Trump llamó «fascista» (y comunista) a Kamala Harris. Y en su día, incluso los actuales «Never Trumpers», como Jonah Goldberg, coquetearon con el chiste de «Obama es Hitler».

¿Qué es el fascismo?

La cuestión Trump-fascismo es muy importante. Hay, por supuesto, un insípido argumento de *reductio ad Hitlerum* que maniáticamente enmarca a cualquier político o movimiento que a

uno no le guste como la resurrección del nazismo. Pero Trump lleva mucho tiempo cortejando a los movimientos de extrema derecha y a figuras como los Proud Boys y Steve Bannon, y el amor ha sido muy correspondido.

Parte de la dificultad reside en definir lo que Stanley Payne llama «fascismo genérico» en su *Fascismo de 1980 :Comparison and Definition*, de 1980, un conjunto de características comunes a todos los movimientos fascistas en el espacio y el tiempo que nos permiten reconocer uno cuando lo vemos. Esto se ve dificultado por el hecho de que muy pocos grupos y políticos de extrema derecha desearían ser identificados como fascistas (a diferencia de lo que ocurría antes de la Segunda Guerra Mundial) y se resistirán a cualquier caracterización de este tipo, incluso cuando pueda estar justificada. En consecuencia, cualquier adscripción de la etiqueta será probablemente impuesta por enemigos tanto del fascismo como del grupo así etiquetado, haciendo que el proceso sea increíblemente controvertido.

En su libro de 2004, *Fascistas*, el sociólogo Michael Mann define el fascismo como la «búsqueda de un estatismo nacional trascendente y purificador a través del paramilitarismo». El historiador Robert O. Paxton lo define como una: forma de comportamiento político marcada por la preocupación obsesiva por la decadencia de la comunidad, la humillación o el victimismo, y los cultos compensatorios a la unidad, la energía y la pureza, en la que un partido de masas de militantes nacionalistas convencidos, que trabaja en colaboración incómoda pero eficaz con las élites tradicionales, abandona las libertades democráticas y persigue con violencia redentora y sin cortapisas éticas o legales, objetivos de limpieza interior y expansión exterior».

Pero probablemente la definición más aceptada es la que da el historiador y teórico político Roger Griffin en su clásico de 1991 *The Nature of Fascism* (La naturaleza del fascismo). Griffin define el fascismo como un «género de ideología política cuyo núcleo mítico en sus diversas permutaciones es una forma palingética de ultranacionalismo populista». El fascista proyecta el mito de una «ultranación» que es la fuente de fuerza y pertenencia reales e incluso trascendentes para su «pueblo» (legítimo). Luego, la ultranacionalización se presenta angustiosamente como amenazada por enemigos internos y externos que dirigen un proceso

de decadencia. Estos enemigos varían mucho dependiendo de dónde surja el movimiento fascista y pueden ser nacionales o internacionales. Pero típicamente es una combinación de los de dentro percibidos como «extranjeros», opositores internacionales, izquierdistas, liberales, demócratas, feministas, marxistas y cualquier otro que se perciba como que socava la voluntad del pueblo de renovar la ultranación.

¿Es el trumpismo fascismo populista?

Más compleja es la relación del fascismo con los conservadores, a los que también los presentan a menudo como antagonistas defensores de un orden esclerótico y decadente que ya no merece la pena conservar y que tiene mucha culpa del proceso de decadencia. De esto se hacen eco algunas de las recientes declaraciones de los republicanos moderados como «cuckservatives» o «Republican in Name Only». No obstante, los fascistas suelen formar alianzas tanto tácticas como ideológicas con las élites conservadoras, como hicieron en Italia y Alemania, para eliminar a la izquierda y apuntalar el poder. Una vez en el poder, los fascistas suelen investir una autoridad extraordinaria, históricamente en la figura de un líder masculino, que encarna la voluntad popular demótica y, por tanto, tiene derecho a amplios poderes que superan las nebulosas restricciones que a los liberales les gusta imponer al poder ejecutivo. El líder y el partido fascista utilizarán entonces estos poderes para intentar rejuvenecer la nación. Como señala Griffin, las fantasías de venganza, normalmente impotentes pero no siempre, son muy comunes en la extrema derecha. Asunto sombrío.

La pregunta entonces es si el trumpismo coincide, al menos lo suficiente, con el fascismo genérico como para justificar la etiqueta más tóxica del arsenal político. Los expertos están divididos.

En un principio, Paxton se abstuvo de calificar a Trump de fascista antes de cambiar de opinión después del 6 de enero. El experto en nazismo Richard Evans opinó que hay «fuertes ecos de fascismo» en el trumpismo, pero no los suficientes como para calificarlo como tal. Los colaboradores de la edición de este año de *Did it Happen Here?* estaban divididos. En su 2017 *From Fascism to Populism in History*, Federico Finchelstein divide la diferencia y afirma

que el «macho populismo» tiene un «punto de partida fascista, y sin embargo el populismo no es fascismo.» Esto se debe a que Trump y otros regímenes populistas de derecha se han abstenido hasta ahora de establecer dictaduras de partido único, incluso si toman medidas para garantizar que las elecciones estén lejos de ser limpias. Finchelstein señala que los populistas a menudo disfrutan de la energía y la legitimidad que supone ganar el voto popular. Personalmente, he dudado en llamar fascista a Trump; mi propio término ha sido «conservador posmoderno». Aunque a medida que el Partido Republicano ha ido haciendo gestos más transparentemente autoritarios a partir de 2020, hasta llegar a Trump llamando «alimañas» a sus enemigos, me ha parecido cada vez más que ha llegado el momento de sacar la Fword.

### El trumpismo como orbanismo

Una de las razones por las que he dudado en calificar a Trump de fascista es que, siguiendo a Evans, no me queda claro que su ambición haya sido alguna vez establecer el tipo de Estado «total» y militarizado proclamado por Carl Schmitt, el filósofo alemán, Benito Mussolini, el dictador italiano, y Giovanni Gentile, el escritor fantasma de Mussolini. En la práctica, Evans, Payne y otros señalan que ni el Estado fascista italiano ni el alemán lograron nunca nada parecido al control total de la mente, el cuerpo y el alma que pretendían. Pero era innegable que ese era su objetivo a largo plazo. Como Mussolini y Gentile expresaron en La doctrina del fascismo, el objetivo del fascismo es «totalitario, y el Estado fascista -una síntesis y una unidad que incluye todos los valores- interpreta, desarrolla y potencia toda la vida de un pueblo.» Los populistas de la derecha contemporánea, desde Trump hasta Orbán, a veces hacen gestos en esa dirección totalizadora. Pero con la misma frecuencia pretenden negar la política y, al mismo tiempo, hacer lo contrario: convertirla en trascendente y omnipotente. A pesar de su populismo, en la práctica muchos de los movimientos más influyentes del Partido Republicano han consistido en apoyarse en las instituciones menos populistas y demócratas del Estado, como los tribunales, la burocracia federal y la red de operadores republicanos, o intentar apoderarse de ellas.

Esto no quiere decir que las cosas no puedan avanzar en una dirección más totalizante en

caso de un segundo mandato de Trump. Pero la amenaza más inmediata sería probablemente un esfuerzo por establecer lo que Steven Levitsky y Lucan Way denominan un deslizamiento hacia el «autoritarismo competitivo» a lá Hungría de Viktor Orbán.

No se trata de una mera especulación. Orbán ha sido durante mucho tiempo uno de los favoritos del Partido Republicano. En 2022, fue invitado a hablar en la CPAC y recientemente ha pedido a Trump que derrote el «espíritu progresista mundial» en nombre de la extrema derecha global. Tucker Carlson, Rod Dreher, Steve Bannon, JD Vance y otros líderes conservadores han adulado a Orbán en más ocasiones de las que se pueden contar. Y el propio Trump ha expresado habitualmente su admiración por Orbán, incluso en el debate con Kamala Harris, cuando se refirió elogiosamente al autócrata húngaro como un «hombre fuerte», aparentemente sin tener en cuenta la connotación negativa.

No es difícil entender el atractivo para la derecha estadounidense. Como relató hace cinco años Paul Lendvai en Orbán: Europe's New Strongman, Orbán comenzó su carrera como activista centrista que militaba contra el otrora partido comunista en el poder. Irónicamente, en su día fue un cruzado del gobierno abierto e incluso recibió una beca financiada por George Soros para estudiar en Oxford en 1989. Orbán ganó el poder en 1998 y lo perdió en 2002. Orbán volvió a ganar en 2010, con un fuerte giro a la derecha de su partido, el Fidesz. A continuación, reescribió la Constitución varias veces para concentrar el poder en manos del partido gobernante, se hizo con el control de los tribunales y los medios de comunicación, manipuló los distritos electorales y marginó a la oposición todo lo posible.

Como relata Zack Beauchamp en *The Reactionary Spirit*, muchos de estos cambios fueron muy diferentes de los actos espectaculares de los regímenes fascistas del siglo XX. En lugar de dramáticos derrocamientos democráticos, las reformas a menudo se ocultaban dentro de cambios políticos muy elaborados o se enterraban en lo más profundo de textos legislativos aparentemente mundanos. Esto dificultó que el público detectara lo que estaba ocurriendo. Por supuesto, Orbán proclamó a bombo y platillo que seguía comprometido con la democracia. Pero se trataba de una «democracia iliberal», como dijo en un discurso pronunciado en 2014 en Băile Tușnad:

En otras palabras, la nación húngara no es simplemente un grupo de individuos, sino una comunidad que debe organizarse, reforzarse y, de hecho, construirse. Y así, en este sentido, el nuevo Estado que estamos construyendo en Hungría es un Estado iliberal, un Estado no liberal. No rechaza los principios fundamentales del liberalismo, como la libertad, y podría enumerar algunos más, pero no hace de esta ideología el elemento central de la organización estatal, sino que incluye un enfoque diferente, especial, nacional.

### Hacer grande el autoritarismo en América

Como era de esperar, la promesa de Orbán de construir una «democracia iliberal» era, en el mejor de los casos, una verdad a medias. No cabe duda de que Fidesz adoptó políticas antiliberales a raudales: adoptó una postura de línea dura contra los refugiados sirios que huían de la guerra civil, describiéndolos como «invasores musulmanes», aprobó leyes contra la comunidad LGBTQ al tiempo que suprimía la libertad de expresión, y se mostró en contra de los requerimientos del Estado de derecho de la UE al tiempo que decidía recibir miles de millones en limosnas de ésta. Este celo antiliberal ha acabado rápidamente con la parte «democrática» de su proyecto. Aunque Orbán sigue siendo relativamente popular (aunque hay indicios de que su apoyo, que no ha llegado al 50% a pesar de la supermayoría del Fidesz en el Parlamento, se está debilitando) nadie calificaría de limpias las elecciones húngaras o el proceso político.

Uno puede ver fácilmente cómo este modelo húngaro sería enormemente atractivo para el Partido Republicano de Trump. En las últimas ocho elecciones presidenciales ha ganado el voto popular una sola vez. En muchas métricas que van desde la despenalización de las drogas a la inclusión LGTBQ, el público estadounidense se ha vuelto más liberal en lugar de menos desde la última vez que el GOP ganó el voto popular hace dos décadas, en 2004.

El resultado, como ha observado Corey Robin durante mucho tiempo, es que el GOP normalmente se basa en la arquitectura anti-mayoritaria de las instituciones estadounidenses para ganar elecciones (o en el caso de Trump, para socavarlas activamente y jugar con ellas) y avanzar en su agenda.

Todo esto se alinea muy bien con el enfoque húngaro de la política, que prefiere movimientos aislados hacia la autocracia que operan por debajo del radar de la política pública y suelen evitar los gestos polémicos. Sobre esa base, la calamitosa decisión de Trump de lanzar una turba violenta contra sus oponentes en 2021 debe parecer un grave error estratégico.

Pero si es reelegido, parece bastante probable que Trump y su partido puedan avanzar más decididamente en la dirección del autoritarismo competitivo húngaro. La reciente sentencia del caso Trump contra Estados Unidos señaló que el Tribunal Supremo concederá al trumpismo una amplia libertad de acción frente a la supervisión legal de cualquier cosa que pueda hacer el presidente. La pieza central del Proyecto 2025 de la derechista Fundación Heritage es un plan para rehacer efectivamente la burocracia federal a imagen y semejanza de MAGA. E incluso si Trump se ha distanciado de este proyecto, es muy poco probable que evite los tentadores encantos de un poder ejecutivo obediente durante mucho tiempo. Su candidato a vicepresidente, JD Vance, ha estado profundamente influido por una serie de intelectuales y multimillonarios de extrema derecha, como Curtis Yarvin y Peter Thiel, que abogan por el fin de la democracia. La elección de Vance se consideró en general un esfuerzo por señalar a los fieles de MAGA que Trump planea gobernar en gran medida para ellos en el futuro.

Por encima de todo, un movimiento hacia el autoritarismo competitivo es plausible porque se basa en una motivación humana más común que un instinto de grandiosidad política: a saber, la apatía. Si es reelegido, Trump ha prometido políticas extraordinariamente crueles, como la deportación masiva de millones de personas, aunque es poco probable que muchos estadounidenses quieran apoyar eso, o incluso quieran que se vea que lo apoyan. Pero Trump no necesitará apoyo. Todo lo que necesita es minimizar la resistencia y confiar en que la mayoría de la población no se dará cuenta ni le importará lo que está haciendo; o al menos no lo suficiente como para molestarse por ello. La indiferencia masiva suele facilitar más la crueldad que la malicia manifiesta de unos pocos en una sociedad.

¿Cómo se dice? La historia no se repite, pero rima. Puede que Estados Unidos llegue algún día a un momento Weimar en el que el fascismo genuino llame a la puerta; el propio Trump

podría provocar ese momento. Pero, por ahora, los liberales y progresistas estadounidenses deberían pasar menos tiempo estudiando Berlín 1933 y más Budapest 2010.

Estuve dando clases sobre democracia y la derecha política en el Whitman College en 2020 y 2021. El 6 de enero, disfruté de algo que la mayoría de los profesores anhelan pero que no quiero volver a ver: mis alumnos enviándome correos electrónicos y contactando conmigo para preguntarme si la democracia estadounidense estaba acabada y qué demonios pasaría en los próximos años. Me avergüenza decir que lo único que podía decirles era que no tenía ni idea; nunca había pasado por algo así.

Todavía no se puede estar seguro porque hay muchas fuerzas que pueden tumbar la trayectoria natural de un movimiento. Pero si no se detiene a Trump, le dará al autoritarismo MAGA una ventaja competitiva duradera y quizás debilitará permanentemente a sus oponentes democráticos liberales.

*Este texto fue publicado originalmente en inglés en The Unpopulist.*

*Traducción: Natalia López*

*Matt McManus, Profesor de ciencias políticas en Whitman College. Es autor de «The Rise of Post-Modern Conservatism and Myth» y coautor de «Mayhem: A Leftist Critique of Jordan Peterson».*

Fuente: <https://www.other-news.info/noticias/que-variedad-de-autoritarismo-es-el-trumpismo/>

Foto tomada de: CNN en español